

***CEREBRO, MENTE Y
CONCIENCIA: NUEVAS
ORIENTACIONES EN
NEUROCIENCIA***

Director: Francisco José Rubia Vila

¿Genera el cerebro
espiritualidad?
(Conferencia V)

A lo largo de la Historia, el ser humano ha experimentado lo que hoy se llaman “estados alterados de consciencia”, en los que presumiblemente la persona entraba en contacto con la Divinidad, el Vacío, o la Naturaleza, dependiendo de su bagaje cultural.

Estas experiencias pueden producirse de manera espontánea, quizás tras la muerte de alguna persona querida o cualquier shock emocional fuerte, de forma que este tipo de vivencias no deberían ser consideradas patológicas.

Las personas que han tenido esta experiencia suelen decir que son de una intensidad fuera de lo normal y, en la mayoría de los casos, que están acompañadas de una sensación de felicidad que hace que intenten repetirla. En cualquier caso, son experiencias con un contenido emocional muy alto.

En la literatura existen varias descripciones de sus características, algunas de ellas clásicas, como las del psicólogo y filósofo norteamericano del siglo XIX William James (Diapositiva 2), quien recoge estas características en su conocido libro *Las variedades de las experiencias religiosas*. La novelista inglesa Marghanita Laski, en su libro *Éxtasis*, también refiere toda una serie de características de esta experiencia y lo mismo hicieron el psiquiatra norteamericano Walter N. Pahnke y el filósofo W. T. Stace. De todos ellos he sacado, a modo de resumen, las siguientes (Diapositiva 3):

1. Sensación de unidad de todo lo existente. El sujeto es parte de un “todo” que abarca el mundo entero. Las diferenciaciones que solemos hacer parecen desaparecer; por tanto,
2. El mundo, como objeto, desaparece, al igual que lo hace el sujeto; ambos se funden y el “yo” deja de existir.

3. Lo que para Kant eran intuiciones puras “a priori”, el espacio y el tiempo, desaparecen.
4. El sentido de la causalidad, una de las categorías del entendimiento en Kant, también se pierde.
5. La experiencia suele ir acompañada de sensaciones de alegría, bienaventuranza, felicidad y paz y el sujeto también suele sentirse extraordinariamente bien, tanto física como mentalmente.
6. El sujeto tiene la impresión de que ha entrado en contacto con lo sagrado.
7. Aumenta la sensación de realidad y objetividad; la experiencia es mucho más viva y real que la propia realidad cotidiana.
8. La visión dualista del mundo, algo que parece ser inherente a nuestra razón, da paso a una visión holística, global de todo lo que nos rodea; la desaparición del dualismo hace que el sujeto acepte sin problemas la paradoja (paradoxicidad).
9. Es una experiencia inefable; afortunadamente, los que la han experimentado han transmitido, como podían, sus propias impresiones, pero siempre dando a entender que es una experiencia difícilmente expresable en palabras.
10. La experiencia mística no suele ser de larga duración; así lo han expresado muchos místicos y así fue recogido también por William James.
11. Tras la experiencia, el sujeto cambia de conducta volviéndose más compasivo y comprensivo con su entorno.
12. James decía que una de las características era lo que él llamó “cualidad noética”, es decir, que el sujeto tiene la impresión de haber entendido los problemas más difíciles, haber profundizado en el conocimiento de las cosas.
13. A veces se acompaña esta experiencia con sensaciones de elevación física, como si se flotase en el aire.

14. Estas experiencias se acompañan frecuentemente de luces intensas, generalmente blanca; a veces también con sensaciones de calor.

Estas características, que no pretenden ser exhaustivas, tampoco tienen por qué presentarse todas juntas. En los diversos relatos de los sujetos pueden aparecer varias de ellas, pero no todas juntas, o pueden aparecer características no mencionadas aquí.

Partimos de la base de que cada conducta y experiencia humanas son el resultado de la activación de las diversas regiones cerebrales, o sea que tienen todas una base neurobiológica. El difícil acceso a estas experiencias, cuando no son espontáneas, nos está diciendo, por tanto, que muy probablemente se trate de la activación de estructuras cerebrales que en condiciones normales no están activas. De ahí la denominación de “estados alterados de consciencia”, suponiendo que la normalidad es la consciencia que tenemos cuando estamos despiertos y que estos estados son “alteraciones de esa consciencia normal”. En mi opinión, tan válido es un estado como otro, ambos son producto de la activación de regiones cerebrales.

Si examinamos la historia, pronto nos llamará la atención el hecho de que en culturas que llamamos primitivas, o quizás mejor, culturas de cazadores-recolectores, existe una figura, la del chamán (Diapositiva 4), que ha sido considerado por los antropólogos e historiadores de las religiones como el sacerdote de las religiones más antiguas. Esta figura está especializada, como dice Mircea Eliade (Diapositiva 5), en el éxtasis, o sea en la experiencia mística, que es capaz de transportarlo, en el así llamado “vuelo del chamán”, a los cielos o a los infiernos, a entrar en contacto con los dioses o los antepasados. No deja de ser curioso que el chamanismo esté considerado como la religión más primitiva. Algunas pinturas parietales en cuevas del Sur de Francia y

Norte de España han sido interpretadas como correspondientes a figuras de chamanes.

La aparición del arte y la religión en el Paleolítico Superior es un misterio. Sobre todo porque no puede explicarse por qué el Homo sapiens moderno, con una antigüedad de unos 200.000 años tardó tanto en producir arte y religión a pesar de que su cerebro no experimentó ningún tipo de cambio. Esa explosión cultural sigue siendo un enigma.

Sobre el origen de las religiones se han escrito miles de tratados y monografías y, es imposible confirmar o refutar las hipótesis planteadas porque las hay para todos los gustos. En mi modesta opinión, la religión responde, muy probablemente, a muchos factores y, pensando evolutivamente, tiene que haber satisfecho varios requerimientos del entorno. Unos autores diferencian entre su origen y la práctica diaria, lo cual parece lógico; las prácticas religiosas obedecen probablemente a necesidades sociales, mientras que el origen suele estar ligado a la intervención de personas destacadas por sus cualidades espirituales o por sus experiencias místicas.

No es este el lugar para exponer las diferentes posturas que ha habido para explicar el origen de las religiones. Desde mi punto de vista, aun suponiendo, como he hecho anteriormente, que el origen de la religión sea multifactorial, parece establecido que los fundadores de religiones tuvieron experiencias que podemos llamar místicas y que esta experiencia, vivida como extraordinaria realidad, tuvo una gran importancia en la génesis de la religión correspondiente. La persona que ha experimentado esa vivencia queda convencida no sólo de la existencia de un mundo, de dios o dioses, diferentes por sustancia a lo conocido, sino que aspira a unirse una y otra vez con él o ellos, incitando a los demás a hacer lo mismo.

Si estuviese en lo cierto, es decir, si la experiencia mística puede haber incitado a los fundadores de las religiones a esa tarea, esta experiencia debe ser tan antigua como la propia religión. Algunos autores interpretan los enterramientos del Hombre de Neandertal en el Paleolítico Medio, como una muestra de religiosidad, porque se han encontrado flores acompañando los restos humanos, lo que se interpreta como una creencia en el Más Allá. Sin negar esta posibilidad, no me parece muy concluyente que las flores indiquen eso; hay que tener en cuenta que los elefantes también llevan flores a los cementerios de elefantes y a nadie se le ha ocurrido plantear la religiosidad de estos animales.

Hay un hecho que puede apuntar a la antigüedad de la experiencia mística, y es que el ser humano, quizás copiando a otros animales, ingeriría sustancias alucinógenas contenidas en plantas, lianas u hongos, llegando así, aun siendo una especie de atajo, a la experiencia mística. Sabido es que los chamanes, cuando no pueden llegar a esta experiencia por técnicas activas o pasivas, suelen ingerir productos naturales que contienen estas sustancias alucinógenas o “enteógenas” (“dios dentro de nosotros”). Karl Kerényi (Diapositiva 6) dice que entre los indios norteamericanos el mero ayuno era en un principio suficiente para tener visiones; sólo en la época de la decadencia de la cultura indígena se recurrió al peyote, a la mescalina. También se sabe que los renos en Siberia, por ejemplo, se drogan con la Amanita muscaria (Diapositiva 7), un hongo matamoscas que suele crecer a los pies de coníferas. Muy posiblemente los chamanes siberianos copiaron a estos animales y llegaron de esta manera a la experiencia mística. Asimismo, se han encontrado en el estómago de primates no humanos restos del hongo *Psilocybe mexicana* (Diapositiva 8), que contiene como sustancia activa la psilocibina con propiedades alucinógenas; estos hongos crecen en los excrementos de los mamíferos. Por eso no es de extrañar que el etnobotánico R. Gordon Wasson (Diapositiva 9) atribuyese a los hongos

alucinógenos el agente causal del nacimiento de la espiritualidad en humanos conscientes y ser la génesis de la religión. Lo que Gordon Wasson no sabía es la existencia de estructuras cerebrales cuya activación produce experiencias espirituales y místicas, por lo que, en justicia, el origen de la espiritualidad habría que atribuírselo, como luego veremos, al cerebro y sus estructuras “espirituogénicas”.

Se suele decir que existen dos formas de enfrentarse al mundo: con la razón, para comprenderlo, y con los sentimientos, para vivirlo emocionalmente. La experiencia mística pertenece, sin duda, a esta segunda forma de enfrentarse al mundo. La razón, que ve el mundo con anteojos dualistas, en términos antitéticos, ha sido desarrollada sobre todo en nuestra civilización occidental. Pero a lo largo de la Historia ha habido momentos en los que presumiblemente la vivencia del mundo desde el punto de vista emocional predominaba. Supongo que en épocas más primitivas, en las que la razón aún no estaba plenamente desarrollada, la “participation mystique”, como la llamaba el antropólogo Lévy-Bruhl (Diapositiva 10), era la regla. Una participación del hombre con la naturaleza, los animales, las plantas e incluso la materia inanimada, como rocas y montañas.

Bernhard Schweitzer, hablando del arte minoico decía: “Es una forma de experiencia del mundo, una de las grandes formas básicas de relacionarnos con las cosas que llamamos ‘mística’ y que, por su contenido especial, sólo podemos definir mediante la etiqueta de ‘dionisiaco’”.

Estas dos formas de pensamiento ya llamaron la atención de Sigmund Freud, que las llamó proceso primario y secundario; el primero es el que ha llamado pensamiento dualista, analítico-racional, y el segundo es el pensamiento onírico, en el que las antítesis pueden convivir sin crear

problemas (recordemos la paradoxicalidad como característica de la experiencia mística), como el amor/odio, por ejemplo. Jung llamaría a estas dos formas de pensamiento el pensamiento directo y el pensamiento fantástico. El filósofo alemán Friedrich Nietzsche (Diapositiva 11) estableció también la dicotomía entre lo apolíneo y lo dionisiaco.

Se preguntaba Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia* si con respecto al origen del coro trágico no había, en aquellos siglos donde florecía el cuerpo griego y el alma rebosaba de vida, trances endémicos, visiones y alucinaciones que se propagaban por comunidades y reuniones culturales enteras.

Lo apolíneo en Nietzsche, representado por el dios sol Apolo, es la razón, el “principium individuationis”, la medida y el orden. Por el contrario, lo dionisiaco está representado por el dios del éxtasis, Dioniso, y es la locura, el frenesí, la afirmación de los instintos, la bebida narcótica, lo subjetivo que se funde con el resto de la Naturaleza. En palabras del propio Nietzsche: “la Naturaleza alienada, enemiga o sometida celebra de nuevo su fiesta de reconciliación con su hijo pródigo: el hombre”.

Esto nos recuerda que hubo una época en donde muchas personas se iniciaban en las llamadas religiones “místicas” con el propósito de entrar en contacto con la divinidad correspondiente. Los misterios dionisiacos eran una de estas religiones o cultos “místicos” de lo que nos encontramos múltiples ejemplos en la época greco-romana: los misterios de Isis y Osiris, Attis y Cibeles, Mitra, Deméter y Perséfone y, desde luego, Dioniso.

Nos referiremos sólo a este último como ejemplo ilustrativo del fenómeno que estamos describiendo. Procedente de Tracia y Frigia, pero posiblemente también de Creta, Dioniso se le caracterizaba en forma de un toro poderoso, la encarnación de la masculinidad animal, pero también de forma afeminada, con piel blanca y largos rizos en los cabellos (Diapositiva 12). También era el dios de la vida y la muerte, la masculinidad y la feminidad. Como vemos, armonizaba los contrarios y, a mi entender, era una proyección al exterior de nuestro sistema límbico, sistema de emociones y afectos del cerebro; precisamente lo que se activa en la experiencia de éxtasis como veremos. Dios del vino y de las bestias salvajes, sus seguidores, sobre todo seguidoras, las ménades o bacantes, entraban en éxtasis y desgarraban animales vivos (*sparagmos*) ingiriendo la carne cruda (*omofagia*), especie de antecedente de la comunión cristiana, por la que se asimilaban el poder del dios encarnado en el animal. La omofagia recordaba que los Titanes habían consumido la carne de Dioniso; castigados por Zeus que los destruyó con un rayo, de sus cenizas fueron creados los seres humanos. De ahí que los humanos tengan naturaleza titánica y dionisiaca, según los órficos. Los órficos eran dualistas que consideraban que el alma humana, de naturaleza divina, estaba impresionada en el cuerpo, *soma*, que se le consideraba su tumba o *sema*.

Los iniciados en estos misterios procuraban entrar en éxtasis para identificarse con su dios, y esto también puede decirse de todos los demás misterios que en época greco-romana existían, como antes mencioné.

También en la Edad Media se produjeron movimientos masivos de miles y miles de personas que pretendían entrar en éxtasis mediante la danza, un método utilizado en muchos lugares para alcanzar ese estado de consciencia. Entre los siglos XI y XVII estas frenéticas orgías públicas

eran conocidas como el baile de San Vito y el de San Juan que duraban días y a veces semanas. Una variación italiana era conocida como *tarantismo* porque se creía que las personas que habían sido mordidas por la araña tarántula sólo podían curarse danzando frenéticamente al compás de cierta música que se creía era capaz de disipar el veneno en la sangre.

De Italia se extendió esta plaga a Prusia en donde las masas danzaban juntas sin cesar durante horas o días hasta que exhaustas caían al suelo. Cuando se recuperaban muchos decían que habían visto las puertas del cielo abiertas y que se les había aparecido Jesús y la Virgen María. Es evidente que mediante la danza habían entrado en éxtasis.

El misticismo, según la enciclopedia católica es una tendencia religiosa y un deseo del alma humana hacia la unión íntima con la divinidad. En otras palabras, es la tendencia ancestral del ser humano de experimentar ese estado alterado de consciencia que hemos llamado experiencia de éxtasis o experiencia mística. Experiencias místicas son conocidas en todas las religiones y todas tienen denominadores comunes que no son otros que los ya mencionados anteriormente. La identificación con la divinidad, la *unio mystica* cristiana, es probablemente la descripción de un fenómeno que se produce cuando determinadas estructuras del sistema límbico son activadas. Por tanto, el que quiere experimentar esa unión deseada tiene que intentar por diversos medios llegar a activar esas estructuras que se encuentran dentro de nuestro cerebro. Quizás por ello en muchas culturas y religiones se ha hecho hincapié en la necesidad de buscar esa unión dentro de nosotros mismos y no buscarla externamente. Recordemos algunas frases que corroboran lo dicho:

- En el Bhagavad Gita, uno de los capítulos del Mahabharata indio se dice que Dios habita en el corazón de todos los seres. Hoy podríamos decir, en el cerebro.
- Para el budismo mahayana, todo ser humano es un buda en potencia, tenemos a buda dentro de nosotros, pero no lo sabemos.
- El evangelio de Santo Tomás dice: “El Reino de Dios está dentro de vosotros”, y también “Quienes lleguen a conocerse a sí mismos lo hallarán”.
- San Agustín decía: “No busques fuera, entra dentro de ti mismo, porque en el interior del hombre habita la verdad”.
- Juliana de Norwich, mística del siglo XIV decía: “Dulce escalofrío es que Dios more en nuestras almas”.

Como vemos, parece que en todas las culturas y religiones se sabe que el verdadero camino para encontrar la divinidad no es hacia fuera, sino hacia dentro de la propia mente, es decir, de nuestro cerebro.

Existe un tipo de epilepsia, la epilepsia del lóbulo temporal que produce un síndrome llamado síndrome de Gastaut-Geschwind (Diapositiva 13) y una personalidad denominada personalidad del lóbulo temporal, caracterizados ambos por una serie de síntomas muy reveladores. Estos síntomas son: conversiones religiosas súbitas, hiperreligiosidad, hipermoralismo, hiposexualidad, hipergrafía o tendencia a escribir profusamente, preocupaciones filosóficas exageradas, etcétera. Estos síntomas ya nos están indicando que en la profundidad del lóbulo temporal, donde se encuentran estructuras pertenecientes al sistema límbico, la activación que la epilepsia produce de estas estructuras puede producir síntomas que tienen que ver con la espiritualidad. Algunos autores han descrito que el aura que precede a estos ataques puede ir acompañada de éxtasis con visiones.

En los años ochenta del siglo pasado, el psicólogo Arnold Mandell en un libro titulado *Psicobiología de la Consciencia* ya planteó la posibilidad de que existiera una psicobiología de la trascendencia, o sea que Dios estaba en el cerebro. Y el año 1983 un psicólogo canadiense, Michael Persinger afirmó que las experiencias religiosas y místicas podían provocarse por la estimulación espontánea de las estructuras límbicas del lóbulo temporal (Diapositiva 14).

Desde luego, muchos síntomas que se producen por estimulación eléctrica del lóbulo temporal, como sensaciones de estar fuera del cuerpo observándose uno mismo (autoscopia), viajar a través del espacio y del tiempo, alucinaciones auditivas, la sensación de la presencia de otras personas que dan consejos, la percepción de luces brillantes y también las sensaciones de paz, bienaventuranza y felicidad, son muy parecidas a las que se han experimentado por los místicos.

Como todas las funciones mentales, existen diferencias en los individuos, de manera que esto explicaría que unas personas fueran más proclives que otras para la producción de estos síntomas. Del mismo modo que hay personas más musicales que otras, más inteligentes que otras, etc., también hay individuos más espirituales que otros.

Persinger, utilizando la estimulación electromagnética transcraneal, o sea un casco provisto de bobinas en la cabeza del sujeto de experimentación para la estimulación de partes del cerebro a través del cráneo (Diapositiva 15), pudo provocar en más de mil sujetos la sensación de presencia de seres espirituales que respondían al bagaje cultural de los sujetos, por lo que unos tenían la sensación de la presencia de Jesús, Mahoma o Manítú, según el sujeto era cristiano, musulmán o indio.

Persinger concluyó que la experiencia mística era producto de la activación de estructuras cerebrales, experiencias que se modulaban de acuerdo con las experiencias personales de los sujetos.

Tradicionalmente han existido diferentes métodos o técnicas para alcanzar el estado de éxtasis. Resumiendo puede decirse que existen técnicas activas que excitan el sistema nervioso simpático, una subdivisión del sistema nervioso autónomo o vegetativo, y técnicas pasivas que lo que hacen es activar el sistema nervioso parasimpático, la otra subdivisión del sistema nervioso autónomo. El sistema simpático es aquél que activamos cuando el organismo se prepara para la lucha o la huida, movilizandando las energías del organismo. El parasimpático es el sistema que se encarga de regular el sueño, promover la digestión, distribuir nutrientes por todo el organismo y controlar el crecimiento celular.

El sistema simpático puede activarse, como hemos dicho, con las técnicas activas, como es la danza, un método tradicionalmente utilizado en muchas culturas. Piénsese, por ejemplo, en los derviches giróvagos de Konya en Turquía (Diapositiva 16) que entran en éxtasis girando sobre sí mismos. O en las danzas orgiásticas de las ménades en los misterios de Dioniso. Generalmente, estas danzas se acompañan del sonido de instrumentos de percusión o musicales, como tambores, pífanos, címbalos, etc.

Las técnicas pasivas utilizan la privación de alimentos con ayunos de larga duración, el aislamiento sensorial, emigrando al desierto o lugares aislados, la privación de sueño. Y, sobre todo, la meditación.

Al parecer, cuando el sistema simpático o el parasimpático se excitan llega un momento en el que hay como un desbordamiento que afecta a

ambos sistemas llegando al éxtasis. Al éxtasis puede llegarse, pues, desde cualquiera de los dos sistemas, desde el simpático y desde el parasimpático, siempre y cuando la excitación sea tan grande que se llegue a ese desbordamiento (Diapositiva 17).

Dos investigadores norteamericanos, D'Aquili, ya fallecido, y Newberg explican el efecto de las técnicas pasivas por la desaferentación, o sea la falta de aferencias, a las áreas de asociación del hemisferio derecho responsables de la orientación espacial (lóbulo parietal). La falta de aferencias de estas regiones produciría una estimulación del hipocampo y amígdala derechos. Cuando la excitación llega a un máximo, se produce el efecto de desbordamiento con la excitación del sistema de alerta (simpático) y sensaciones de éxtasis. La falta de estímulos a las regiones asociativas del lóbulo parietal sería la responsable de la sensación de desaparición del espacio que acompaña a la experiencia de éxtasis; asimismo, si la desaferentación se produce en el hemisferio izquierdo aparecería la sensación de disolución del yo, como contrapuesto al mundo exterior. La desaparición de la dualidad yo/mundo iría acompañada de la pérdida de la visión dualista del mundo, lo que antes hemos llamado paradoxicalidad.

La excitación de la amígdala le daría a esa experiencia una significación especial de máxima realidad y si faltan aferencias al sistema límbico suelen producirse alucinaciones. Curiosamente, esto no lo sabían los anacoretas que se retiraban a cuevas o al desierto para poder llegar al éxtasis, pero se veían importunados por las alucinaciones que eran más numerosas mientras mayor era el aislamiento sensorial.

Cualquier situación de estrés hace que el cerebro produzca endorfinas, sustancias parecidas a la morfina que el organismo produce y utiliza como analgésicos. Esto explica que las experiencias de éxtasis puedan

ser placenteras. No obstante, dependiendo de qué áreas se excitan, las experiencias son placenteras o muy desagradables. Se sabe que la estimulación de determinadas zonas de la amígdala produce verdadero terror en las personas estimuladas.

Hay que mencionar que los informes de personas que han estado muy cerca de la muerte y han sido rehabilitadas por médicos o han vuelto a la vida de manera espontánea, nos dicen que han tenido experiencias que tienen algunas cosas en común con la experiencia mística. Estas características son: la inefabilidad, las sensaciones de paz y bienestar, las luces cegadores y brillantes, la autoscopia, el encuentro con personajes religiosos o con antepasados, familiares o amigos ya fallecidos, las distorsiones del tiempo y del espacio, etc.

Es de suponer que la anoxia que se produce en estas situaciones afecte a las células nerviosas del cerebro y, dependiendo de qué células dejan de funcionar primero, sobre todo si son células inhibitorias, puede que se produzca una desinhibición de las regiones límbicas responsables de las experiencias místicas.

Resumiendo, podemos decir que existen en el cerebro, más concretamente en el sistema límbico, estructuras, cuya activación, sea de manera espontánea, por ataques epilépticos o provocadas usando determinadas técnicas activas o pasivas, generan estados de consciencia que llamamos éxtasis místico o experiencias de trascendencia. Esto supone que la espiritualidad tiene también una base cerebral, corroborando a William James que ya decía que cualquier conducta tenía que tener una base orgánica. Estas experiencias han sido vividas por innumerables personas a lo largo de la historia de la humanidad y son tan antiguas como ella misma. Suponemos, asimismo, que han tenido una gran importancia en la creación de las diversas

religiones, ya que muchos de sus fundadores han tenido este tipo de experiencias.

¿Qué consecuencias tienen estos resultados para las creencias religiosas? En el libro *La conexión divina* yo decía que para los creyentes la existencia de esas estructuras cerebrales que generan espiritualidad podrían interpretarse como que Dios ha colocado esa especie de 'chip' en el cerebro humano para que el hombre pueda conocer la divinidad. Sin ellas sería imposible, de la misma manera que sin ojos no vemos y sin oídos no oímos. Para los no creyentes, estas estructuras explicarían no sólo la existencia de espiritualidad, sino el origen de las religiones como proyecciones del cerebro al exterior. En cualquier caso, el científico no debe entrar en esos temas que pertenecen a la intimidad de las personas. Debe limitarse a plantear los resultados de las investigaciones.

En otro orden de cosas, que el cerebro produzca sensaciones que han sido tradicionalmente consideradas espirituales hace que el dualismo cerebro/mente o cuerpo/alma quede completamente difuminado para dar paso a un solo origen de ambos ámbitos: el propio cerebro. Por eso al cerebro no se le debía llamar ni materia ni espíritu, sino "espiriteria", una contracción de ambos conceptos.